

LAS MAMAS VAMOS AL COLEGIO



HUBO un tiempo feliz en que las madres, para cumplir a conciencia con su cometido, no tenían más que dar pruebas de abnegación y ternura: ceder al hijo la mejor parte del pastel, velarle cuando cogía el serapión, contarle el cuento de la Cenicienta y explicarle cómo la cigüeña dejaba caer los niños por el hueco de la chimenea.

Eran los tiempos dichosos en que les quedaba un rato para charlar con las amigas, junto a una taza de chocolate, y hacer complicadas labores manuales que luego eran la admiración de toda la familia.

Hoy, en eso como en tantas otras cosas, estamos bastante peor. A los niños no les importa nada la historia de la Cenicienta, sino saber en cuánto tiempo ha dado Cooper las veintidós vueltas a la tierra y el cuento de la cigüeña, según indicación de médicos y pedagogos, se les debe relatar en términos menos poéticos y mucho más complicados.

Además, han desaparecido de nuestra vida de madres modernas esos ocios encantadores de otras épocas. Las labores de punto de cruz y fil-tiré han perdido prestigio y aunque así no fuese, nos daría igual. No tenemos tiempo siquiera para coser un botón, con la pesada carga de nuevas tareas que nos ha caído encima.

Ahora es corriente que, cuando una amiga nos llama para ir a merendar con ella, nos veamos obligadas o contestar: —No puedo. Tengo que hacer los deberes.

Y no es broma. Alguien tiene que ocuparse de que los chicos hagan sus tareas escolares en vez de ponerse a leer las aventuras del Capitán Relámpago —que es lo que hacen en cuanto una les quita la vista de encima— y que, además, las hagan bien.

Este es el punto más espinoso. No basta con estarle como un guardia junto a la mesa repleta de cuadernos, escuadras y lápices de colores. Es necesario echar una mano a los infantes, si se quiere que saquen buenas notas y no avergüencen a la familia con un ignominioso suspenso.

Cuando el profesor nos dice, con acento desaprobatorio y severo, «su hijo no

se sabe la tabla del nueve», un secreto sentimiento de culpa nos estremece. A nosotras también nos costó lo nuestro aprenderla y no podemos por menos de pensar que somos las responsables, con nuestra escasa afición a las matemáticas, de que el niño la haya heredado.

Aprovechamos todos los huecos para hacerle repetir la famosa tabla: en el metro, mientras se calienta el desayuno, en los intervalos del cine y antes de dormir, cuando otras madres menos atrafagadas que nosotras podían permitirse el lujo de acunar a sus hijos con una encantadora nana.

Para el niño es un fastidio, desde luego. Pero para nosotras, que ya creíamos dejado atrás el tiempo de tales ejercicios y que apenas si conservamos de ellos un vaguísimo recuerdo?

Y menos mal cuando se trata sólo de tablas de multiplicar. Lo tremendo es cuando el chico ya no es tan chico y anda a vueltas con fórmulas y teoremas.

Claro que siempre queda el recurso de decir «añño, ahora estoy ocupada». Y de agregar, cobardemente: «pregúntaselo a tu padre cuando vuelva del trabajo». No nos servirá de nada. El padre —otro desertor— dirá con gesto olímpico que él bastante hace con trabajar ocho horas diarias para mantenernos y que tiene derecho a descansar.

No nos queda más remedio a nosotras, sus madres —siempre abnegadas y tiernas, sea la época que sea—, que coger los libros, encerrarlos con ellos donde nadie nos vea y salir luego de un rato para anunciar triunfalmente al pequeño ignorante que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma del cuadrado de los catetos y que agua es H₂O.

No se nos da reposo. Para nosotras, el tiempo del colegio no ha terminado. Pero no nos quejemos. Tal vez, al practicar tareas de jóvenes, se nos adhiera la juventud con más fuerza. Tal vez, gracias a las tablas de multiplicar y a las guerras púnicas, conservemos durante más tiempo el cutis terso y el ojo alerta.

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO